

de los oídos, porque oían su voz, y aun el más incrédulo de ellos tuvo también el del tacto, porque palpó, tocó su persona, y sondeó la abertura de sus llagas. Por otra parte es igualmente imposible de creer que se concertasen entre sí para extender entre las naciones de la tierra una impostura tan inútil como la de asegurar que una persona entregada á la muerte en Judea había resucitado, y esto sin otra perspectiva ni esperanza para ellos, en este mundo, que la persecución, los tormentos y una muerte cruel, que sucesivamente sufrieron todos y sus numerosos discípulos después de ellos, por atestiguar este hecho; ni más esperanza tampoco (si era falso) en el otro mundo, que la venganza y castigo del Dios de verdad.

Además de los milagros obrados por Jesucristo, otra prueba de la Religión que enseñaba, es el cumplimiento de las antiguas Profecías que le anunciaban. Me limitaré á citar algunas. El vino al mundo precisamente después que el cetro faltó de la tribu de Judá (*Gen.*, XLIX, 10) al fin de las setenta y dos semanas de años, después del restablecimiento de Jerusalén (*Dan.*, IX, 4), cuando aun existía el segundo templo (*Aggeo*, II, 7). Nació en *Bethleem* (*Mich.*, V, 2); obró los mismos milagros que estaban predichos que obraría (*Is.*, XXXV, 5): fué vendido por su pérfido discípulo por treinta monedas, que fueron empleadas en comprar el campo de un alfarero (*Zach.*, XI, 13): fué abofeteado, escupido, azotado (*Isai.*, V, 6); puesto entre los malhechores (*Id.*, XXXIII, 12): sus pies y manos taladrados con clavos (*Ps.* XXXII, 16), y su costado abierto con una lanza (*Zachar.*, XII, 10); en fin, murió, fué sepultado con honor (*Isai.*, LIII, 9), y resucitó sin experimentar la corrupción (*Ps.* XVI, 10). Los Judíos, enemigos jurados de Jesucristo, poseían muchos siglos antes de su venida, y conservan y poseen aun, las Escrituras que contienen estas predicciones, y otras muchas más acerca de él, las cuales todas se han cumplido exactísimamente.

La existencia misma de este pueblo extraordinario, de los Judíos, y las demás circunstancias que tienen relación y orden á ella, son otras tantas pruebas en favor del Cristianismo. Mas de cuatro mil años ha que existen,

como un pueblo distinto, y en este espacio de tiempo han sido frecuentemente subyugados, perseguidos, pero nunca aniquilados. Sus poderosos conquistadores los Filisteos, los Asirios, los Persas, los Macedones, los Sirios y los Romanos sucesivamente han dejado de existir, y no ofrecen en parte alguna una nación distinta; y los Judíos existen en gran número, y son conocidos en todas las partes del mundo. ¿Cuál puede ser la razón de ello? ¿Porqué los ha conservado Dios á ellos solos entre todas las naciones de la tierra? La verdad es que ellos son aun el objeto de las Profecías, así del antiguo como del nuevo Testamento: existen como un monumento de la recta justicia de Dios, como testigos de la verdad de las Escrituras que los condenan, y como destinados finalmente á ser objeto de su misericordia antes del fin del mundo. Se les encuentra en todos los puntos del globo; pero en el estado con que los amenazó su grande Legislador Moisés, si abandonaban al Señor, á saber: que los dispersaría en todos los reinos de la tierra (*Deuter.*, XXVIII, 25); que vendrían á ser el espanto y juguete de todas las naciones (*Ibid.*, XXXVII); que en parte alguna hallarian asilo, y la planta de sus pies no reconoceria reposo (*Ibid.*, LXV). En fin, se les ve en todas partes; pero llevando sobre sus frentes la maldición que ellos pronunciaron contra sí mismos cuando desecharon al Mesías. *Su sangre caiga sobre nosotros, y sobre nuestros hijos* (*Matth.*, XXVII, 25). Y no obstante este pueblo extraordinario se conserva para ser en fin convertido, y hallar gracia en los ojos de Dios (*Rom.*, XVI, 26). etc., etc.

SAMUEL CAREY.

CARTA II.

A M. JAMES BROWN.

Winchester, 20 de octubre de 1801.

Muy señor mio: no teniais necesidad de indulgencia

alguna para escribirme sobre el asunto de que habla vuestra carta. Porque si, como dice San Pedro, todo cristiano debe estar dispuesto á dar razon al que le pregunte por la esperanza que hay en él (*I Pétr.*, III, 15), yo seria inexcusable si en el ministerio en que me encuentro, siendo por él y por mi mision igualmente *deudor á Griegos y á bárbaros, á sabios é ignorantes* (*Rom.*, I, 14), rehusase dar satisfaccion, en cuanto esté de mi parte, de la Religion católica, á todo el que con un verdadero y sincero deseo, cual creo ser el vuestro, ansia por conocer y descubrir la verdad en materia de Religion. No ostante, una disposicion como la que manifestais es muy rara entre los protestantes. La mayor parte de ellos, al elegir ó seguir un sistema de Religion, se mueven por motivos de interés ó respetos humanos, ó conveniencias temporales. Estos motivos no solamente excitan sus mas criminales pasiones, sino que ciegan tambien su entendimiento, de manera que llegan á crear en su espíritu fantasmas vergonzosas, y les impiden ver los objetos mas sensibles que los rodean. Nada irrita tanto á estas personas tan inconsequentes, como el que se trate de desengañarles de sus errores, si no se llega á verificar poniéndoles fuera de estado de defenderlos. De estos hombres es, ¡y ay cuántos por desgracia! de quienes decia Jesucristo: *que aman mas las tinieblas que la luz*. Estos son los que dicen á los Profetas: *No nos vaticineis la verdad; decidnos cosas que nos agraden y lisonjeen* (*Is.*, xxx, 10). Se forman una *conciencia falsa*, como lo hicieron los Judíos cuando crucificaron al Mesías (*Act.*, III, 17), y como él mismo habia predicho que lo harian otros muchos, haciendo morir á sus discípulos (*Joan.*, xvi, 2). No puedo menos de confesar que yo mismo he experimentado algo de este espíritu en mis discusiones religiosas con personas que blasonaban de la mayor sinceridad y caridad. Así que, no dudo que, si la explicacion que me pedís para vuestra numerosa sociedad llega de cualquiera manera que sea á ser conocida del público, tendré que *cómer el pan de la afliccion y beber el agua de amargura* (*I Reg.*, xxii, 23), tal vez el resto de mi vida¹.

¹ Tal es la tolerancia protestante con los católicos. Véase en la

únicamente por haber cumplido aquí mi obligacion. Pero, como dice el Apóstol, *nada de esto me aterra, y no hago mas estimacion de mi vida que de mi alma, con tal que cumpla debidamente mi carrera y el ministerio que he recibido de mi Señor Jesucristo* (*Act.*, xx, 24).

Restá únicamente establecer las condiciones de nuestra correspondencia. Las que yo os propongo son estas: 1º que así vos como yo, y todos los que están interesados en esta controversia amistosa, seamos enteramente libres de hablar de toda doctrina, costumbre ó persona, como nos convenga hacerlo para el descubrimiento de la verdad; pero se entiende sin ofender á nadie; 2º que estemos dispuestos, en cuanto esté de nuestra parte, y lo permita nuestra pobre naturaleza, á buscar la verdad con imparcialidad; á confesarla con sinceridad, cuando la hayamos reconocido, y por consiguiente á renunciar todo error y preocupacion infundada que podamos encontrar, sea de una parte ó de otra, por mas que se resista esto al amor propio, y por mas penoso que nos sea el hacerlo. Yo, por mi parte, amigo, empeño solemnemente mi palabra de renunciar públicamente⁴ á la Religion de que soy ministro, y exhortar á todos aquellos en que por mi ministerio pueda tener alguna influencia, á que hagan lo mismo, si se me llega á probar que ella en efecto es «ese hacinamiento y monton de» absurdos, de hipocresía, de supersticion, de idolatría» y de inmoralidad» que vos y la mayor parte de los protestantes os imaginais, ó si no llego á justificarla plenamente de todas estas acusaciones respectivas. No puedo, sin condenar virtualmente la conducta del mismo Jesucristo, quien en todas ocasiones impugnaba y rebatía los errores de los fariseos, declararme enemigo de la controversia religiosa; pero no puedo concebir hipocresía

historia de Inglaterra de William Cobbet, la de la Reina Isabel, etc., y sus sucesores inmediatos. El autor tendrá despues ocasion de hablar de ella.

⁴ Tan seguro estaba el autor de la justicia de su causa. Pero entiéndase que no á cualquier particular le es licito hacer estas estipulaciones: por eso la Iglesia tiene establecidas sus reglas para las controversias, y no las permite á los seglares indiferentemente.

mas detestable que la de predicar ó escribir sobre asuntos sagrados, únicamente por interés temporal ó por efecto de resentimiento ú orgullo, bajo pretexto de promover ó defender la verdad religiosa. — Soy deudor, como ya os he insinuado, á todos los que buscan la verdad con un corazón sincero; pero serian necesarias circunstancias extraordinarias para empenñarme á entrar en discusion con los hipócritas de quienes acabo de hablar. En fin, como parece que aprobais el plan que insiné en mi primera Carta al doctor Sturges, le seguiré aquí: aunque esto me obligará á diferir por algun tiempo el exámen de vuestras objeciones ó acusaciones; porque deberé anticipar varias investigaciones importantes. — Soy con el mayor respecto, etc.

J. MINLER.

CARTA III.

J. BROWN AL REV. J. M.

New-Cottage, 30 de octubre de 1801.

He tenido el honor de recibir vuestra carta de 20 del corriente, y la he comunicado á las personas de nuestra sociedad, que he tenido ocasion de ver. Ninguna cosa podria causarnos mayor sentimiento, que el que la prontitud edificativa con que accedeis á nuestra peticion hecha con la intencion mas sana llegase á ser para vos causa del menor disgusto; y esperamos firmemente que no sucederá por culpa nuestra. Pensamos del mismo modo que vos acerca de la plena libertad de hablar, cuando se trata efectivamente de descubrir verdades tan importantes. Así que, al mismo tiempo que nos reservamos la libertad de censurar muchos de vuestros Papas y Eclesiásticos, M. Tophan no se ofenderá de todo lo que podais probar contra Calvinó, ni M. Rankin de lo que podais decir sobre los defectos de Jorge Fox y James Naylor; y yo mismo no me quejaré de cuanto halleis reprehensible en nuestros venerables Latimer ó Crammer; lo

mismo digo de las doctrinas y costumbres, que de las personas. Si vosotros sois culpables de idolatría, ó nosotros de herejía, somos respectivamente desgraciados; y la mayor prueba de caridad que podemos manifestarnos, es hacernos conocer en toda su extension el peligro de nuestra situacion respectiva. No renunciar al error, y abrazar la verdad cuando claramente se ve, seria una locura; y seria añadir crimen á la locura descuidar de hacerlo, cuando se trata de la verdad en materia de Religion. Por último, dejamos á vuestro arbitrio, con mucho placer nuestro, seguir el método ú orden que gustéis, únicamente con tal que nos deis toda la satisfaccion posible sobre las materias de que hice mencion en mi primera carta. — Soy, etc.

J. BROWN.

CARTA IV.

A JAMES BROWN.

Disposiciones prévias para las discusiones religiosas.

Muy señor mio: las disposiciones que manifestais así vos como vuestros amigos en vuestra última me agradan ciertamente y, lo confieso, me alientan á emprender la tarea que me habeis impuesto. Aprovechándome pues de la libertad que me concedeis, debo haceros observar que no hay cosa en que los hombres mas fácilmente se engañen, que en la idea que ellos se forman de que están exentos de toda preocupacion, de que buscan sinceramente la verdad en puntos de Religion, y están resueltos á abrazarla y á seguirla á pesar de sus opiniones anteriores é intereses de mundo. ¡Cuántos imitan á Pilatos, quien, despues de haber preguntado al Salvador: *Quid est veritas? ¿qué es verdad?* le deja luego sin esperar la respuesta¹! ¡Cuántos otros se ase-

¹ Joan., xviii, 38.

mejor á aquel jóven rico de quien nos habla el Evangelio, que habiendo preguntado á Jesucristo : *¿Qué haré para conseguir la vida eterna?* cuando el divino Maestro le responde : *Si quieres ser perfecto, anda, ve, vende lo que tienes y dáselo á los pobres,* se retiró triste ¹! En fin, ¿no se ve hoy un sin número de gentes que obran como aquellos discípulos presuntuosos del Señor, que habiéndole oído exponer un misterio superior á su inteligencia, el de la *Presencia real*, en estas palabras : *Mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida,* dijeron : *Duro es este razonamiento, ¿y quién lo puede oír? y se volvieron atrás y dejaron de seguirle* ²? ¡ Ah ! si todos los Cristianos divididos en sectas y opiniones tuviesen, en lo que toca al servicio de Dios y salvacion de sus almas, la sinceridad y el zelo que han mostrado un Francisco Walsingham, pariente del grande estadista de este nombre, un Hugo Paulino Cressy, dean de Laughlin y canónigo de Windsor, y un Antonio Ulrico, Duque de Brunswick-Lunenburg, el primero en sus *Investigaciones en materia de Religion*, el segundo en su *Exomologesis ó Motivos de Conversion*, etc., y el tercero en sus *cincuenta razones* (para hacerse Católico), bien pronto acabarían todas nuestras controversias, y muy en breve nos veríamos todos unidos en la fe, en la esperanza y la caridad. Copiaré aquí lo que en el *prólogo de sus cincuenta Razones* dice el ilustre Duque, pariente de Su Majestad (Británica), de las disposiciones con que él emprendió el exámen de los fundamentos y de la diversidad de sistemas del Cristianismo, cuando empezó á sentir dudas sobre la verdad del luteranismo, en que habia sido educado. « Empezé, » dice, por implorar con instancia la asistencia del Espíritu Santo, sus gracias y auxilios, y supliqué con todo » mi corazon á Dios, Padre de las luces, me concediese » la luz de la verdadera fe, etc. En segundo lugar hice » un firme propósito de evitar con la gracia de Dios todo » pecado, sabiendo bien que la *sabiduría no entra en un corazon corrompido, ni habita en un cuerpo sujeto á los » pecados* ³; y estoy íntimamente convencido, igualmente

¹ Matth., xix, 22. — ² Joan., vi, 56. — ³ Sap., i, 4.

» que lo estaba entonces, que la causa y razon de que » muchas personas no conozcan ó ignoren la verdadera » fe, y no la abracen, es porque están encenagados en » muchos vicios, especialmente en el vicio de la carne. » Tercero, dí de mano y procuré deshacerme de toda especie de preocupaciones, cualquiera que por desgracia » pudiera haber concebido anteriormente, porque ellas » hacen inclinar mas á una Religion que á otra, y me » constituí en una indiferencia perfecta, en términos de » estar pronto á abrazar la que la gracia del Espíritu » Santo y la luz de la razon me indicasen, sin miramiento » alguno á las ventajas ó inconvenientes temporales que » me pudieran resultar por esto. En fin, emprendí esta » deliberacion y eleccion del modo que quería haberla » hecho á la hora de la muerte, y en un pleno convencimiento de que en el dia del juicio tendria que dar » cuenta á Dios de la razon por que habia seguido una » Religion mas bien que otra. » El ilustre investigador termina esta relacion personal por estas terribles reflexiones : « No tenemos mas que un alma, que será » eternamente salva ó condenada : *¿y qué importa al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma* ¹? La » eternidad no tiene fin : su curso es perpetuo ; es una » serie de duracion que nunca acaba. ¿Qué comparacion » hay entre las cosas infinitas y las que no lo son? ¡ Bien- » aventurada eternidad de los Santos ! ¡ Horrorsa eternidad la de los condenados ! Una de las dos nos espera. » — Soy con el mas profundo respeto, etc. J. M.

CARTA V.

A M. J. BROWN.

Método de hallar la verdadera Religion.

Muy señor mio : el sentido comun nos dice que, para hallar una cosa oculta, ó hacer una cosa dificultosa, es

¹ Matth., xvi, 26.

necesario, ante todo, saber el método conveniente para ello, y después seguirle. No podemos llegar á una parte distante, sino tomando el camino que conduce á ella. Si torcemos el hilo, no podremos salir jamás del laberinto. Hay gentes que escogen su Religión como los vestidos, por capricho. Se prendan, por ejemplo, de los talentos de un predicante ¹, y al punto abrazan su creencia. Muchos siguen su Religión únicamente porque han sido criados en ella, y fué la de sus padres y familia; motivo que, si fuese racional, serviría igualmente de excusa á los Judíos, á los Turcos y á los Gentiles para persistir en su impiedad respectiva; é inculparía las predicaciones de Jesucristo y de sus Apóstoles. Otros se glorían de su religión porque es la de su patria, país que las ciencias, la literatura y las armas han ilustrado tanto; sin reflexionar que las naciones cultas y conquistadoras de la antigüedad, los Egipcios, Asirios, Persas, los Griegos y los Romanos, por juicios impenetrables de Dios, estaban abandonadas á las *tinieblas y sombras de la muerte*, mientras que un pequeño pueblo, pobre, oprimido y despreciado en las riberas del Jordan, era el único depositario de la verdad divina, y la única nación verdaderamente ilustrada. Pero la mayor parte, aun entre los cristianos, de cualquiera denominación que sean, hacen del verdadero interés de la eternidad el negocio del tiempo, y profesan la Religión que conviene mas á sus intereses, á su reputación y á sus conveniencias. Me lisonjeo que ninguna de las personas de vuestra sociedad pertenecerá á alguna de estas clases. Todas tienen, ó á lo menos se imaginan tener, un método racional de llegar á conocer la verdad religiosa; en otros términos, una *regla segura de fe*. Antes, pues, de entrar en discusión sobre este punto de tanta importancia, la *verdadera regla de fe*, punto del cual depende la verdad de todos los demás, estableceré tres máximas fundamentales, cuya verdad creo no contestará ningun Cristiano racional.

¹ Esta es la causa que ha dado el desnaturalizado Blanco en Lóndres para abrazar el Protestantismo; diremos mas bien, para renegar de Jesucristo.

1^a *Nuestro divino Maestro Jesucristo, estableciendo en la tierra una Religión, á la que son llamadas todas las naciones* ¹, ha dejado algun método ó regla, por cuyo medio, y con cuyo auxilio los que la busquen con sinceridad, estén y puedan estar seguros de encontrarla.

2^a *Esta regla ó método debe ser cierto é infalible, de modo que nunca induzca en error al hombre racional que examine y busque con sinceridad.*

3^a *Esta regla ó método debe ser universal, es decir, adaptada á los medios ó á la situación de todas las personas para quienes la Religión está establecida; á saber, la masa del género humano.*

No perdiendo de vista estas máximas incontestables, descubriremos pronta y claramente el método que Jesucristo nos ha dejado para llegar al conocimiento de la verdad que él enseñaba, ó en otros términos, de la *verdadera regla de fe*. Guiados de esta regla, naturalmente nada mas nos resta, que hacer uso de ella para terminar segura, y espero que amigablemente, todas nuestras discusiones. Hé aquí un método breve y satisfactorio de decidir todas las cuestiones de Religión, de que he hablado en mi carta al doctor Sturges, arriba mencionada. Discutirlas todas una por una, seria nunca acabar, cuando este método las reduce todas á una simple cuestión. — Soy, etc. J. M.

CARTA VI.

A JAMES BROWN.

Primera falsa regla de Fe.

Muy señor mio: tres han sido los diferentes métodos ó reglas de que se han valido para descubrir ó hallar la verdad en materia de Religión los Cristianos que hacen de esta investigación el primero y mas importante de

¹ *Matth. xviii, 19.*